

## HISTORIAS FRUSTRADAS AL SON DEL VIENTO\*

Cuando Segundo escuchó ladrar a los perros, dejó el mate en el suelo, apoyando la bombilla sobre la mesada, y salió de la cocina apurando el paso para ver quién se acercaba a la chacra y tomar prontamente providencia.

Era tarde, estaba oscureciendo y el gran viento patagónico soplaba arrastrando grandes nubes negras y pesadas, que amenazaban tormenta.

Segundo se apuró a llegar a la tranquera antes de que el visitante hubiera aflojado la cincha a su caballo, disponiéndose a desensillar.

El encargado chacarero observaba con desconfianza a lo lejos como el recién llegado se debatía entre una manada de perros, los cuales encarnizados, ladrando, le saltaban al estribo y a los extremos de la cola del caballo, haciendo que éste bufara y retrocediera.

–¡Salga, salgan cachorros! –repitió varias veces el encargado de la chacra, cuando observó que se trataba de un amigo del pueblo.

Era Tiburcio, un gaucho noble, que en varias oportunidades había compartido el jornal junto a Segundo, en las comparsas de esquila. Tiburcio era un gaucho alto, flaco, de nariz aguileña, pómulos marcados, barba tupida y enmarañada. La cual en varias oportunidades había chamuscado con el cigarro armado que siempre solía sostener sobre sus labios.

Segundo era un paisano de estatura baja, grueso, mirada fuerte, y bigotes manubrio. Siempre gustaba llevar una boina vasca, que para él significaba un orgullo.

–Tiene bien guardado el rancho, amigo –dijo el visitante.

–Son cachorros mañosos nomás –contestó el encargado de la chacra.

Los dos hombres se estrecharon fuertemente la mano como viejos amigos y compañeros de trabajo.

–¡Vamos para el rancho! Le voy a invitar con unos buenos mates... ¡che!

Tiburcio había agarrado un trabajo de puestero, cerca de la chacra donde estaba don Segundo.

Segundo no tardó en ponerse a preparar la cena, unos bifés de avestruz a la criolla (con abundantes papas, cebolla, y pimientos). Al mismo tiempo le convidó un poco de cordero frío, para ir churrasqueando hasta que estuvieran los bifés, mientras giraba el mate y el vaso de caña.

—¡A la pucha, que está fuerte ventarrón! —exclamó Tiburcio—. Esto me hace acordar cuando había bajado al pueblo, en agosto del cuarenta. Me había puesto de novio con la Josefa, y estaba parando en el Hotel del finao Mansilla.

—¡Ya tenemos una historia! —exclamó Segundo; y el paisano invitado, sin ofenderse por el tono despreciativo del chacarero, continuó muy serio, acariciándose la barbilla.

—¡Había un viento endiablado! Estábamos en el comedor y se escuchó el ruido, nomás. Fue el vidrierio cuando una chapa entró dentro del boliche y cayó el Brag-metal sobre el piso de madera encerado.

Se interrumpió para recibir un mate y beber un trago de caña, luego continuó:

Ya había empezado a agarrar fuego el Hotel cuando doña Berta, le largó los baldes de agua uno tras otro hasta que consiguió apagar el fuego. ¡Virgen santísima! Si agarraba fuego ese rancho... no nos iban a quedar ni los huesos.

—¿Y qué pasó con el noviazgo con la Josefa? —preguntó el chacarero, curiosamente.

—Mejor no hablar...

Hizo un breve silencio, y continuó:

—La muy ladina, cuando volví para el campo me contaron que se alzó con un miliquito raso, y se fue para no sé qué lado.

—Qué le vamos a hacer, amigo, las mujeres son así —afirmó don Segundo.

—¿Cómo así? —replicó violentamente el mozo.

—Así, pues, sucias como un peso de papel y falsas como botas de pulpería.

Tiburcio se quedó un rato en silencio, serio. Volvió a tomar un trago y sonrió.

—¡Usted amigo siempre desconfiado con las mujeres!

–Y pa´ no serlo... –contestó el chacarero. Sonrió, cruzó la pierna derecha, sosteniendo el pie con ambas manos; tosió fuerte, escupió a un costado y siguió:

–A mí me tocó pasar por una medio parecida. Ya que me había enamorado juerte de la Petrona.

–Ya he oído hablar de eso –dijo Tiburcio–. Era una linda, moza.

–A decir verdad que sí... era una linda indiecita.

El chacarero cortó la narración para beber de nuevo, en seguida, guiñando los ojos, arqueando las cejas, tocando sus bigotes, y luego continuó contando con la prolijidad comunicativa del borracho, aquella circunstancia que le había tocado vivir.

Hasta que fue interrumpido por una ráfaga fuerte de viento que sacudió el rancho de chapa que los cobijaba. Luego prosiguió con el relato:

–En una oportunidad, cuando me tocó volver de la esquila de ojos, me encamino para el rancho que tenía en la esquina de la calle Colón, en donde había juntado las pilchas con la Petrona. Al llegar pensé que me iban a recibir con besos y abrazos. Pero no fue así compañero...

–¿Qué es lo que le pasó? –preguntó inquieto el visitante.

–No alcancé a entrar al rancho que veo unas alpargatas largas que parecían canoas, al lao de la puerta de calle. Entonces, facón en mano, hice saltar la puerta de una patada. Y remetí pá el rancho. Adentro veo que me sale a recibir la muy ladina con el camisón descotado. Me voy para la pieza. Y veo salir por la ventana un gauchito con las bombachas y el tirador en la mano. ¡A la pucha! Qué bronca me hizo pasar la tumbiadora.

El visitante lo miraba perplejo, mientras meneaba la cabeza en señal de bronca, por la mala jugada que le había hecho la fulana a su amigo. Hasta que volvió a preguntar:

–¿Y qué le dijo después a la Petrona, don Segundo?

–¡Qué le dije! –gritó el chacarero logrando mover continuamente la llama intensa de la vela. –Fui a buscarla con la tijera grande que teníamos en la cocina, en mano. Y le pegué una buena pelada, como a las ovejas en la esquila. Quedó como un charito<sup>1</sup> recién nacido. No salió a la calle por un buen tiempo, así no le habrán quedado ganas de jugar con uno... ¡Después la eché del rancho!

---

<sup>1</sup> Pichón de avestruz.

Y tornó a golpearse los muslos y a reír con tal devoción, que dominó el silbido del viento y el continuo golpear de la lluvia sobre el techo de chapa del ranchito de madera.

fin

\*Canobra, Pablo (2005), *Amanecer Patagonia*, Buenos Aires, De los Cuatro Vientos.